



HISTORIA DEL HIJO PRÓDIGO

Leyenda moral, útil á la juventud

De nobles y ricos padres
Teodoro el malo nació,
mas su nobleza y sus títulos
de nada á él le sirvió.

Edncáronle afanosos
cual su estirpe requeria
por la senda del honor;
mas él peor cada día.

Su padre siempre amoroso
le avisaba diligente
con solícitos consejos;
pues le amaba tiernamente.

Mas el joven calavera
de su padre no hace caso
y por la senda del vicio
camina con torpe paso.

Vá el mozo creciendo en años
y creciendo en malas mañas,
haciéndose cada día
de más perversas entrañas.

Ya no respeta á su padre,
quiere hacer cuanto le cuadre
y de pesadumbre mata,
á la infeliz de su madre.

Es desbordado torrente
que corre sin dirección
de uno á otro precipicio
buscando su perdición.

Llega un día, ¡trance fuerte!
que arrogante y desatento
le pide á su padre el dote
sin aguardar un momento.

Lleno el padre de sorpresa
al ver tal desfachatez,
tal descaro y villanía,
que pasa á lo descortés.

—¿Qué es lo que pides? le dice,
infeliz y desgraciado!

¿qué debe darte tu padre?
¿qué caudal te has entregado?

—Si no os entregué caudal
os lo dieron mis mayores
pues tampoco lo adquiristeis
vos á copia de sudores.

—Hijo perverso y cruel;
ya que loco y desatento
no tienes ningún reparo
de causarme un sentimiento:

Ya que tu mal corazón
no vacila ni un instante,
de clavar dentro mi pecho
este dardo penetrante:

Voy á dejar satisfecho
tu loco y punible intento,
voy á entregarte tu dote
en este mismo momento.

Ola, criados; venid,
traed todo mi caudal
pues quiero darle su parte
á este hijo criminal.

Abridme todos mis cofres,
las gavetas, los estantes;
que su sed y su ambición
quiero saciarle cuanto antes.

Cumplen todo lo que manda
su amo, los dependientes;
y amontonan los caudales
al punto muy diligentes.

Los ponen sobre una mesa,
y hecha la partición
le dá á su hijo la parte
lleno el padre de emoción.

—Aquí te entrego Teodoro
lo que tu ambición quería,
Dios quiera no te arrepientas
de este mal paso algún día.

En el mundo vas á entrar
llevando un grande tesoro,
muchos amigos tendrás
¡cuenta con ellos, Teodoro!

Mientras te dure el dinero
amigos te adularán,
mas el día que te falte
todos te abandonarán.

No fies nunca á los dados
tu suerte y reputación
pues quedarás sin dinero
y serán tu perdición.

No te fies de mujeres,
prostitutas y livianas,
que perderás junto á ellas
tu oro y salud lozana.

Cuida bien este caudal,
que cuesta muchos sudores,
é hicieron mil sacrificios
por él tus antecesores.

Libre del yugo paterno
en el mundo vas á entrar,
la entrada es fácil y ancha,
mas cuenta con resbalar.

No olvides nunca, Teodoro
este consejo leal,
mira que el hombre se inclina
por el sendero del mal.

Quien mal anda mal acaba,
quien juega es estafado,
y el que de todos se fía
de todos es engañado.

Tú ahora no haces caso
de mis consejos ni voz,
mas para los malos hijos
guarda su castigo Dios.

Hoy te marchas y me dejas
lleno de angustia y pesar,
por cada lágrima mía,
á miles las has de echar.

Yo te doy mi bendición....
—No te incomodes ya más
pues veo que este sermón
padre nunca acabarás.

Hoy con tan grande caudal
sólo pienso divertirme,
tus consejos y sentencias
nunca podrán convertirme.

Ya me aguardan los amigos,
ya me esperan las queridas,
todo ha de ser diversiones
y fiestas no enterrumpidas.

Viva la broma y jaleo,
lo demás es tontería;
quede V. padre con Dios,
divertirse, hasta otro día.

Así se marchó Teodoro,
aquel hijo estrafalario,
y de sentimiento el padre
cayó en un fuerte desmayo.

En el mar de las pasiones
navega con viento en popa,
dando la vuelta á la Europa
en variadas direcciones.

Una cáfila de amigos
le acompaña sin cesar,
mientras tenga que gastar;
después serán enemigos.

Como todo su caudal
le vino por carambola,
anda rodando la bola
hasta el último real.

El juego es su diversión
y el amigo más mañero,
vá robándole el dinero
de un doblón á otro doblón.

Está jugando al azar
y los tahures de oficio,
de uno á otro precipicio
le conducen sin cesar.

Hay mujeres livianas
que con su libertinaje
visten elegante traje
cual las ricas cortesanas.

Estas que ven su caudal
junto con sus pocos años,
con sus ardides y engaños
le embaucan para su mal.

Mil caricias y monadas
le prodigan sin cesar,

y él cree en la amistad
de mujeres relajadas.

Le brindan con mil bebidas
de diferentes licores,
y con lúbricos amores
aquellas almas perdidas.

En el juego y en la orgía
gasta todo su caudal,
y en tan sucio lodazal
pasa la noche y el día.

Ya se le acaba el dinero,
los amigos se retiran,
y al pasar se lo miran
con rostro ceñudo y fiero.

Las damas hacen lo mismo,
ni en casa le dan entrada,
tiene la plata acabada
y se encuentra en un abismo.

Pide prestado y no encuentra,
y á los mismos que les dió
le responden con un nó,
cuando les pide una cuenta.

Lleno de hambre y de afán
abandona la ciudad,
y en el campo va á buscar
algún pedazo de pan.

Llega ya la noche oscura
y sin amparo ni abrigo
se queda á dormir rendido
de la selva en la espesura.

El hambre, sed, y temor,
no le dejan descansar,
y no hace más que llorar
lleno de pena y dolor.

El que en colchones mullidos
descansó en su mocedad
hoy se tiene que acostar
tal vez cerca de bandidos.

Apunta ya el nuevo día
empieza su nuevo afán,
buscando un cacho de pan
por ver si el hambre sacía.

Vé á lo lejos una casa
y cerca de ella un pastor,
al cual cuenta con dolor
la desgracia que le pasa.

Se llega á compadecer
de su triste situación,

y le dá colocación
para ganar de comer.

Un rebaño de cochinos
le dá el pastor á guardar,
ved á donde fué á parar
por tan distintos caminos.



Por loco y desatentado
bellotas llega á comer,
quién lo había de creer
que llegara á tal estado.

—
Viéndose así reducido
con tanto harapo y destrozo,
aquel altanero mozo
á casa el padre se ha ido.

De hambre y frío transido
llama á la puerta doliente
baja el Padre prontamente
y al mirarlo en tal estado
evclamó ¡desgraciado!
entra pronto á casa, entra.

—Padre del alma y señor,
le dice á sus piés rendido,

ampara este desvalido
vuélve señor tu amor.

No muestres, no, tu rigor,
contra el hijo inobediente,
seas cual siempre clemente.
que te juro que de hoy más
en mí tan sólo hallarás
hijo humilde y reverente.

—Ven á mis brazos ingrato
y no te separes más,
pues en tu padre hallarás
fino amor, y fino trato.

De tus penas el relato
siempre en la memoria ten;
nunca mires con desdén
al pobre ni al desvalido
¡ay del hombre que perdido
deja la senda del bien!

Todos en la mocedad
correis tras del precipicio;
y en la carrera del vicio
os encontráis sin pensar.

Todo lo echáis á rodar,
no haceis caso de razones,
seguís llenos de ilusiones,
aunque el amor paternal
os avise que vais mal
por el mar de las pasiones.

¡Extraviada juventud!
vuestrós padres respetad,
que ellos os han de enseñar
la senda de la virtud.

Confíad en su senectud,
que en el mundo han experiencia,
mostrarles ciega obediencia,
ya mirais la suerte avara,
que á un mal hijo le depara
la Divina Providencia.

FIN